

DOS COLUMNAS DE OPINIÓN DE ROBERTO MURILLO ZAMORA

JAMES DINARTE ARIAS

ORCID: 0009-0002-7857-0938

recibido: 26 marzo 2025 | aprobado: 06 abril 2025

Resumen:

Se analizan dos columnas de opinión del profesor Roberto Murillo Zamora en sus libros Estancias del pensamiento y Páginas escogidas sobre temas de la política costarricense. Para cumplir tal propósito, se utilizan criterios metodológicos expresados por Artur Schopenhauer en su texto Parerga y Paralipómena.

Palabras clave:

Filosofía costarricense, opinión, divulgación de la filosofía, periódicos costarricenses, columna de opinión, ensayo de opinión.

Summary:

This article analyzes two opinion pieces by Professor Roberto Murillo Zamora from his books Estancias del Pensamiento (Stanzas of Thought) and Páginas escogidas (Selected Pages) on topics in Costa Rican politics. To accomplish this objective, the methodological criteria expressed by Arthur Schopenhauer in his text Parerga and Paralipomena are used.

Keywords:

Costa Rican philosophy, Op-ed, Dissemination of philosophy, Costa Rican newspapers, Opinion column, Opinion essay

I. Introducción

Los escritos del profesor Roberto Murillo Zamora constituyen parte de las contribuciones que algunos intelectuales han aportado, en su momento, al periódico La Nación. Este artículo es un intento de recuperar aquellos escritos, que pueden ser considerados como modelos para jóvenes estudiantes de filosofía en Costa Rica. Si bien parece importante tomar en retrospectiva ese aporte; también resulta claro que, dado el actual contexto costarricense, se vuelve necesario justificar la relevancia de la filosofía, a la que Roberto Murillo entendía como una disciplina por la que se puede pensar y actuar en la realidad de una sociedad.

Justo sería destacar la figura del profesor Murillo como un ejemplo de cómo un intelectual puede comunicarse con el público no especializado en materias filosóficas. Entre otras cosas, sus escritos orientan criterio en los debates sobre la relación entre la filosofía y las prácticas culturales y políticas. En cierta forma, Murillo ilumina posiciones que, *mutatis mutandi*, pueden considerarse como una especie de autoayuda social. Concitan a quienes trabajan en campos teóricos para escribir en defensa de visiones críticas –y para comprometerse en facilitar la comprensión de las mismas, tanto como atender a su divulgación en medios de acceso público.

Debido a la convergencia de opiniones es posible precisar y aclarar, primero, el deseo de comentar sobre aspectos de la vida en una columna de opinión; y en segundo lugar, mostrar esa visión como una de las facetas de la filosofía (producto) del filosofar (acción, proceso).

Se ha querido relacionar aquí tal perspectiva intelectual con lo escrito por Arthur Schopenhauer –el polémico pensador alemán– en su texto “Sobre la filosofía y su método”. Justifica tal enfoque una estrategia que se ha considerado oportuna para presentar concienzudamente las columnas filosóficas de Murillo.

La figura de Schopenhauer es conocida por su oposición a una escritura confusa y abstracta, como la que él atribuía a sus adversarios idealistas. Aquí se rescata la apuesta de Schopenhauer por una filosofía que se comunique con la mayoría de las personas. Él consideraba esa tarea como algo fundamental. Aquí se rescata esa intención con el propósito de entender cómo las columnas de Murillo se levantan como ejemplo de una escritura comprometida con la filosofía y, a la vez, con un público cada vez más amplio.

Finalmente, este trabajo ha de concluir asentando la importancia de buscar espacios para pensar la realidad desde una forma filosófica, tal como hizo el profesor Roberto Murillo Zamora en sus columnas de opinión.

II. ¿Qué es una columna de opinión?

Las columnas de opinión pertenecen a lo que conocemos como periódico impreso;

aunque hoy también se hallan en páginas Web . Puede que haya una cierta diferencia entre las que se escribían en tiempo de Don Roberto Murillo y las que aparecen en los periódicos que leemos ahora, pero en la mayoría de aquellos y de estos coinciden en el propósito de abrir espacios para conocer y discutir, con criterio fundamentado, sobre temas específicos.

Dichas columnas de opinión no se deben entender como meras opiniones subjetivas o antojadizas, sino como aportes debidamente fundamentados teóricamente para contribuir en debates de interés social. Se puede entender el propósito y la genealogía de las columnas de opinión evocando a Olívar (2008, 2)

“ heredero de una fructífera y larga simbiosis entre la prensa y el escritor en España, que se remonta no tanto a las creaciones estrictamente literarias que los escritores daban a conocer en las publicaciones periódicas, sino más bien, desde el siglo XVIII, a la redacción de textos escritos expresamente para los periódicos denominados al principio “ensayo”, “discurso”, “tratado” o “pensamiento”, y más adelante simplemente “artículo”, como los artículos de Mariano José de Larra y otros, artículos en el sentido en que entendemos también la palabra hoy día.

Gracias a este típico ensayo personal podría el lector evocar a Montaigne, como antecesor y claro ejemplo de un cultivo brillante de lo que hoy se reconoce como columna de opinión. Se halla dentro del abanico de opiniones que es un periódico tradicional, y propone un debate sobre determinado tema.

Es interesante que Murillo, consciente de la amplitud con la que se puede trabajar esta herramienta (en estas líneas entendemos columna de opinión y artículo de opinión de la misma forma), llamara “estancias” a sus intervenciones, a las cuales entendía como “lugares de la imaginación espacial, donde se juntan el estar y el pasar, la placidez y la paciencia” (1978, p.13).

Es así como en las “estancias” se establece contacto entre la opinión de un intelectual –cuyas ideas y particularidades intentar comunicar– y un grupo de asistentes a dicha estancia –la columna de opinión– en un momento determinado.

Evidentemente, en el caso del profesor Murillo el aspecto subjetivo de esa escritura sobresale, por estilo y planteamiento temático. Precisamente, él refiere, en *Páginas Escogidas*. la forma en que efectúa su participación en la columna de opinión de la Nación:

1_ Ejemplo de ello hay muchos; invoco, cual ejemplo uno: las columnas que publican hoy los miembros del Círculo de Cartago en circulodecartago.org Se trata de textos con diversa vocación filosófica (ética, estética, teoría de la ciencia, historia y epistemología de la ciencia y la tecnología, temas de actualidad, etc.), dirigidos a un público amplio.

La primera precaución que se impone es la de escribir con la extensión propia de un periódico: Guido Fernández nos enseñó a hacerlo en tres cuartillas, dominando la tendencia del escritor o del académico a desbordar casi cualquier límite. Además, se nos prohibió evitar la política partidista, no ciertamente el enfoque político, teórico o la crítica amplia (1993, p.243)

El comentario revela, de soslayo, la libertad que se le daba en su momento al columnista. Se daba dentro de los objetivos del periódico, para abrir las discusiones desde parámetros que no necesariamente eran iguales a los de la redacción.

Resulta curioso cómo se da esa convergencia de voluntades. El periódico sigue una línea editorial, pero mantiene un espacio de opinión externa para fomentar la búsqueda de acuerdos en tópicos diversos de la realidad nacional.

Quien lee las contribuciones del profesor Murillo no encontrará su validez o una eventual recepción de parte de sus opositores ideológicos. Lo que hallará y constatará será su carácter de reto; es decir, las oposiciones de un sujeto en específico y esto no es una defensa relativista de estas columnas.

Ahora bien, esta descripción de la columna periodística muestra cómo se busca apuntar hacia la discusión de un tema, pero no se pretende agotar el debate. Aunque parezca una concesión un poco cándida, podría aventurarse aquí la idea de que Murillo incentivaba para opinar, aunque necesariamente para crear opiniones definitivas. Acaso habrá querido mostrar, al lector de ayer y de hoy, que la filosofía puede abrir puertas a estancias muy abiertas. En tal sentido, Da Carmona (2000, 8) enriquece la noción de columna periodística con un texto sugestivo:

la transferencia de responsabilidades fuera de su propia empresa; el desencadenamiento de juegos de espejos entre los medios y su público; la obtención de contrapartidas por los apoyos obtenidos de organizaciones políticas, culturales, religiosas, etcétera”.

No difiere en principio de la pretendida apertura que posee la descripción de Murillo para las páginas de opinión, pero resalta cómo en estas debe verse ante todo que la autoría está imbuida de responsabilidad. Cada una de las “estancias” puede ser leída como la opinión de una persona, alguien con ideas propias, que al ponerlas en una columna periodística es consciente de que aquel escrito no es un producto terminado, sino que el comienzo de una discusión que podría ser amplia.

Es claro que con esta descripción no se entra en el debate sobre si las columnas son solo un ejercicio estilístico sobre un tema, o si pretenden exigir del lector una decisión sobre la temática. Podríamos ver a la columna de opinión como un espacio del periódico, para que diversidad de temas sean abordados por personas de diferentes formaciones.

Contrasta la opinión del periódico como tal y de quien publica en él su columna de opinión. Puede considerarse cual sección editorial que acepta la pluralidad o para

incentivar el debate. No es posible conocer, de previo, hasta qué punto la columna podrá considerarse como fuente de opiniones o estancia para el acuerdo.

Quien escribe y quien lee están en una relación de diálogo. Más aún en el espacio de un periódico que la gente compra con asiduidad. Cuando se publica una columna de opinión, podría plantearse el tema de cómo influye en la población, si se leerá y si su recepción provocará una serie de reacciones. Las columnas de opinión pueden cambiar; y la opinión pública puede ser una idea que excede sus intereses.

Hay que considerar que, para poder ubicar la forma en que Murillo escribió sus “estancias”, es suficiente considerar lo que se ha mencionado aquí sobre la columna como una opinión subjetiva, la cual se inscribe en un periódico que puede tener claras posiciones políticas: y, por eso, siempre habrá un cierto partidismo, aunque el medio conceda libertad de escritura a personas como el profesor Murillo.

III. El método de la filosofía según Arthur Schopenhauer.

La figura de Schopenhauer se ha destacado en la historia de la filosofía por su talante excéntrico y por su graciosa rivalidad con Hegel. Es además reconocido por su apuesta irracionalista por la voluntad como principio explicativo.

El *Buda de Frankfurt* –epíteto asociado a Schopenhauer– se destacó por su prosa clara, dirigida a comunicar los conocimientos que él iba exponiendo en su obra magna *El mundo como voluntad y representación*. Pese a su vitalismo –como diría Ortega y Gasset– Schopenhauer no tuvo suerte al ejercer como profesor de filosofía. No llegó a ser reconocido como lo fue su odiado Hegel; por lo que tuvo que verse apartado de la enseñanza. Esto, junto con una mala recepción de sus obras, hizo que se hiciera un gran crítico de los filósofos alemanes del momento y que además los consideraba herederos indignos de la tradición kantiana.

Los textos *Sobre la filosofía en la Universidad* y *Sobre la Filosofía y su método* son ejemplos destacados del filósofo Schopenhauer como escritor de filosofía y como crítico de la enseñanza de la filosofía en su momento. A pesar de la clara molestia que se puede ver hacia sus contemporáneos idealistas, se puede desprender de su producción un oportuno debate sobre la claridad de expresión en filosofía, así como un enfoque particular sobre la experiencia.

La crítica schopenhaueriana a la filosofía idealista comienza cual enfrentamiento a la falta de uniformidad en esa disciplina. Es decir, con muchas interpretaciones que se pueden realizar sobre la definición y el objetivo de la materia. Al respecto podría buscarse amplia literatura sobre la definición de la filosofía. Seguramente hay bastantes volúmenes sobre el tema.

El mismo Schopenhauer concibe a la filosofía como un campo de batalla, donde se busca imponer determinados criterios y salir con la victoria. Ahora, ¿importa

realmente la uniformidad en la filosofía? Para el filósofo es necesario contar con una definición objetiva de lo que es y hace la disciplina, a fin de evitar que cualquier discurso abstracto sea considerado como filosófico. Curiosamente él se opone a lo que se concibe en la tradición como la verdadera definición de dicha disciplina.

A pesar de esta acomodaticia demanda de Schopenhauer, él se enfoca en la claridad que debería tener la filosofía. Esa claridad no se opone a la rigurosidad de las ideas propuestas, sino a devaneos de quien filosofa y comunica sus conclusiones a los que procuran aprender filosofía. Schopenhauer (2009, 35) hace una oportuna distinción entre a la filosofía y la poesía:

El poeta presenta a la fantasía imágenes de la vida, caracteres y situaciones humanos, pone todo eso en movimiento y deja a cada cual que piense con esas imágenes hasta donde la fuerza de su espíritu alcance. Por esa razón puede contentar a hombres de las más diferentes capacidades, incluso a necios y sabios al mismo tiempo. En cambio, el filósofo no ofrece la vida misma de aquella forma, sino los pensamientos ya dispuestos que ha abstraído de ella, y entonces demanda a su lector que piense del mismo modo y hasta dónde llega él mismo. Con ello su público se vuelve muy reducido. Según eso, el poeta es comparable a quien presenta las flores; el filósofo, al que ofrece su quintaesencia.

Para Schopenhauer es claro que la filosofía parte de una actividad abstracta, y que es desde ahí que se obtienen sus conceptos. No apela a las emociones por medio de textos de carácter poético, sino que se pronuncia en favor de una prosa que de desarrolle de manera argumentativa, que justifique el proceso intelectual de quien filosofa. Schopenhauer recurre al uso de metáforas; con ello ve el filosofar como tarea que implica una trabajosa actividad intelectual, donde se destaca la analogía de escalar grandes alturas.

Quien filosofa parte de que todo el que conoce sus ideas posee la misma capacidad de recurrir a la experiencia para formarse ideas. Es básico en la educación no considerar la construcción de recursos educativos solo desde el marco de referencia de la persona educadora, dejando de lado a la persona estudiante.

En la concepción de Schopenhauer (2009, 36-37) se dice de la siguiente manera:

“El escritor filosófico es el guía, y su lector, el caminante. En primer lugar, tienen que partir juntos: el autor debe acoger a su lector en un punto de vista seguro de tener en común: pero ese no puede ser otro más que el de la conciencia empírica común a todos. Ahí, pues, le agarra fuertemente de la mano y ve cómo puede llegar paso a paso por el sendero montañoso hasta por encima de las nubes.

Para el Buda de Fráncfort la distancia entre quien ejerce el filosofar y quien aprende filosofía se da en tanto que el primero es quien conceptualiza por medio de su reflexión y desde ahí expone. Es una exposición que no está lejos de la lectura de

filósofos anteriores, pero que se enmarca en la capacidad humana de relacionar experiencias y llegar a conclusiones sobre estas.

¿Cómo se puede armonizar el asidero intelectual de quien enseña con la persona que recién llega a estudiar filosofía? Ya sea en espacios académicos, colegiales o divulgativos es claro que de entrada hay una distancia en los conocimientos de las personas estudiantes y sus docentes, no es posible reducir la formalidad (donde entiendo formalidad como un recurrir a las fuentes de la historia de la filosofía y a comentaristas) pero atender a una exposición que tome en cuenta los avatares de quien se inicia en la filosofía es una práctica pedagógica básica.

Una enseñanza de la filosofía como un lenguaje claro es, por lo menos, básica en espacios divulgativos, donde lo que debe primar es hacer asequibles ciertos conceptos complejos; es decir, facilitárselos a una población no especializada

Pareciera erróneo, en cambio, pretender una presunta intuición intelectual de relaciones o procesos hiperfísicos; o una pretensión de percibir lo suprasensible, o una razón absoluta que se piensa a sí misma. Frente a todo eso, conviene partir de conocimientos no inmediatamente comunicables, en el que, por lo tanto, ya desde el comienzo el lector nunca sabe “si está junto a su autor o a leguas de él” (Schopenhauer, 2009, 36-37)

La figura de la persona *filosofa* como un individuo que puede aprehender los principios últimos de la realidad es, si no odiosa al menos lejanísima de *lo que debería ser*. La distancia entre estudiante y docente –dígase cual paráfrasis de Schopenhauer– es una relación que tiene claras cercanías; pero también separaciones, pues recorre un camino inexplorado. Para guiarse requiere de una guía: es necesario confiarse a la persona que ya lo ha recorrido y conoce los recovecos.

El ansia de verdad de la filosofía y su vocación para comunicar es lo que debe primar desde la visión schopenhaueriana. No se hace filosofía para aumentar volúmenes en las bibliotecas, sino para comprender el mundo en el cual se vive. La relación entre experiencia y filosofía es fundamental para Schopenhauer; salirse de ella es apostar por “apañar vientos” y expresarse con una oscuridad que mantiene a la materia en la ininteligibilidad.

Si esto es así, ¿de dónde obtiene el filosofar sus conceptos?, Schopenhauer (2009, 38) dice lo siguiente:

el patrimonio total de los conceptos no consiste en otra cosa sino en lo que dentro de ellos se ha depositado tras haberlo desgranado y obtenido del conocimiento intuitivo, esa fuente real e inagotable de toda comprensión. Por eso, una verdadera filosofía no se puede hilar a partir de meros conceptos abstractos, sino que ha de estar fundada en la observación y la experiencia, tanto interna como externa.

No se puede negar que, en la investigación filosófica, se recurre a conceptos que

de entrada no se desprenden de la experiencia, como sucede en los trabajos de filosofía, de matemática o de la física y de todo aquello que tiene una gran actualidad en diversos campos. Es claro que en el nivel académico se necesitan conocimientos precisos y previos para avanzar por los campos de la filosofía. Pero esa perspectiva schopenhaueriana también puede sostenerse en espacios introductorios, como las columnas de opinión que mencionaremos en el siguiente punto.

IV. Dos columnas de Roberto Murillo:

En el primer caso tenemos la columna “El disidente”, donde Roberto Murillo menciona la respuesta de una cierta parte de la sociedad, la cual se desencanta de la típica participación en política. Como se ha mencionado aquí, desde la perspectiva schopenhaueriana la filosofía puede ser una disciplina que se concentra en experiencias personales. La escritura del profesor en sus columnas es un ejemplo de esto, en unas dos cuartillas, él dedica atención, de manera clara y cercana, a un problema tan álgido como el desencanto en la política.

Caracteriza Murillo (1993, 95) al disidente como aquel que deja de lado la forma en que se participa en grupos políticos:

No encuentra qué debe hacer, al menos durante un tiempo. Pero está convencido, en cambio, de qué es lo que ya no puede hacer, de qué es lo que ya no puede repetir. Está convencido, hasta la médula, de que hay gente con la que, en adelante, ya no puede sentarse. El que ya no puede sentarse con otros es, según la etimología latina, el disidente. El disidente es desleal a los ojos de sus antiguos camaradas porque, en los buenos casos, es fiel a su conciencia y al respeto que un individuo se debe a sí propio

No parece esto diferente a lo que puede decirse de la época actual, donde el abstencionismo ha incentivado la reflexión sobre esta forma de participar de la “fiesta democrática”. En ese mismo texto, Murillo critica cómo el bipartidismo ahoga la pérdida de confianza en los partidos políticos y surge la figura que disiente.

También, dentro de esa misma crítica de ver los límites de la política partidista, se halla la columna con el título “Realidad e imagen en política”. Ahí Murillo pone en evidencia cómo el líder político intenta promover su imagen y deja de lado los problemas de la sociedad.

Eso lo dice el filósofo de la siguiente manera:

Cuando un partido antepone el poder al bien común decae. En un partido decadente se da una suplantación de la realidad por la imagen. Ya no pregunto: “¿cuáles son los problemas nacionales y qué puedo hacer para resolverlos?”, sino “¿cuál es mi imagen y que puedo hacer por promoverla?”. Aquella es una pregunta de primera mano y está referida a apariencia, a

la ilusión, a lo fantástico. No es posible la política sin este terreno de la apariencia y de la fama, que los griegos llamaban doxa, pero es menguada y enrevesada cuando da preferencia a la imagen sobre la realidad, cuando olvida la realidad y toma por tal la ilusión (Murillo, p.105)

Reténgase esta idea: la columna periodística busca exponer una opinión, sin por ello pretender eliminar al prójimo del debate. Puede que haya una cierta informalidad, y que no se cuente con la extensión del artículo científico o del ensayo filosófico. Por esto puede afirmarse que lo expuesto por Murillo, sobre cómo se presentan los partidos políticos en la política y cómo se mueven, es lo más próximo a una exposición filosófica, una visión crítica sobre la forma en que se hace política.

No por nada, el tema del abstencionismo ha sido una preocupación para el ejercicio de la democracia. El profesor Murillo apunta a la falta de coherencia de los partidos políticos. La ve como un error y no se puede negar que su disidente está en consonancia con el rechazo a participar política partidaria.

Los partidos políticos intentan defender, a toda costa, su imagen sobre la responsabilidad que tienen en el desarrollo de un país. Pero dejan de lado el progreso social y atrasan los diversos proyectos de mejoramiento, ya sea en construcción de infraestructura, como en la creación de empleo, apoyo al sistema de salud y a la educación.

V. ¿Un columnismo filosófico hoy?

La influencia de la persona que filosofa sobre la sociedad, es una discusión abierta. Eso es muy importante en una época donde abundan las *fake news* y donde las tecnologías de la información le dan plataforma a cualquier voz. Hoy cualquiera puede realizar unas líneas en redes sociales y es visto como creador de opinión.

Como se ha dicho, “la columna se presenta como un subgénero que tiene una estructura mucho más complicada de lo que de entrada podría parecer por su extensión, casi siempre corta, y su soporte perecedero, el periódico (García, p.402). Ahora es discutible la relevancia del periódico para llegar a la mayoría de las personas.

No es gratuito el aumento de comunicación que se ha dado en redes sociales con las personas que se denominan con el término *influencers*. Hay entre ellos quienes hacen su labor desde la filosofía. En lo relativo a lo aquí planteado, eso no constituye una simple apuesta por determinado contenido, sino por utilizar la “criticidad” del filosofar (si es que hay algo así) para opinar sobre la realidad nacional.

En el contexto costarricense es un campo abierto la posibilidad que tiene la filosofía de abrir el debate en la opinión pública. No por nada se critica, desde ciertas élites ligadas al poder, la inversión social y económica en carreras que no están vinculadas

directamente con el mercado, y no en vano se intensifica una voluntad espuria contra la filosofía como la disciplina que puede ayudar a quien la estudia. Así es la oposición a fomentarla como opción profesional, a respetarla como fuente de criterios sólidos y acertados.

Finalmente, vale decir que, como bien ha mostrado Roberto Murillo, la posibilidad de evidenciar la utilidad de la filosofía puede ser conversada, pues la figura filosófica ha de ser tomada en cuenta por los medios de comunicación. Hoy, tal certeza se ha de extender a las plataformas de opinión, pues implica un proceso –ciertamente engorroso, complejo– que solo podría ser sostenido por los esfuerzos de un individuo que emprenda el proyecto de forma singular.

Con los extractos tomados de los textos de Murillo, se muestra la claridad –tanto de lenguaje como de enfoque crítico– que la perspectiva filosófica puede aportar a la comprensión de ciertos acontecimientos en cada época.

El título de este artículo hace énfasis en el adjetivo *filosófico*; lo hace para entender la escritura periodística del profesor Murillo. Se entiende aquí como *filosófico* el uso transversal y aplicado de conceptos precisos que, pese a su determinación teórica, pueden ser compartidos con el público no especializado. Con ello no solo se abren puertas a la comprensión de distinciones teóricas y de realidades complejas que afectan a la sociedad, sino que se afina una vía para desarrollar el discurso filosófico.

Frente a cualquier panorama desalentador, el legado periodístico del profesor Roberto Murillo Zamora sigue presentándose como ejemplo de cómo es posible participar en proyectos comprometidos para pensar y comprender la realidad nacional desde o por medio de la filosofía.

Referencias bibliográficas

Álvarez, M. F. G. (2007) Las columnas de autor: Retórica y...¿ Diálogo? Caso práctico: La presencia del “otro” en el. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 13, 399-417

Barriga, Antónia Do Carmo. (2014). El lugar del columnismo político en el periodismo actual. *Comunicación y sociedad*, (22), 79-102. Recuperado en 02 de septiembre de 2024, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-252X2014000200004&lng=es&tlng=es.

Grohmann, Alexis. 2008. «Literatura periódica». *Olivar* 9 (12). <https://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OLIV09n12a05>.

Murillo, R. (1978) *Estancias del pensamiento..* San José, Editorial Costa Rica, San José

Murillo, R.(1993). *Páginas Escogidas*. Editorial Juricentro

Schopenhauer, A. (2009). *Parerga y Paralipómena I y II: (ed.)*. Editorial Trotta, S.A. <https://elibro.proxyucr.elogim.com/es/lc/sibdi/titulos/61315>